
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata, Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschi (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	Editorial. "Asumir, confesar, reconciliar"
<i>Gianfranco Ravasi</i>	5	"¡Contra Ti, contra Ti solo he pecado!" (Salmo 51, 6)
<i>Cardenal Godfried Danneels</i>	13	María, disponibilidad y actitud de confesión
<i>Marie-France Begué</i>	29	Confesión y narratividad
<i>Carlos José Hernández</i>	39	Acerca del confesar y los orígenes de la psiquiatría
<i>Mons. Oscar Ojea</i>	49	Testimonio de un confesor
<i>Hubert Windisch</i>	61	Temas de esperanza y conversión.
<i>Daniel Manzuc</i>	69	La reconciliación en el mundo de la cárcel

María, disponibilidad y actitud de confesión

*Cardenal Godfried Danneels**

Una idea profunda, y al mismo tiempo, fecunda envuelve toda la obra de Adrienne von Speyr como una especie de nebulosa que se precisa a lo largo de las páginas en una constelación que podríamos resumir en este trinomio: María, la disponibilidad del corazón y la actitud de confesión. Analizar esta realidad -triple y una - es el objeto de esta exposición.

I - Disponibilidad y actitud de confesión

Definición

“(Para María)...escuchar significa ponerse a disposición de este llamado (de Dios) en el abandono de sí. Es abandonarse en toda la profundidad de su ser y de su poder, y por tanto, abandonarse en la fuerza y la debilidad a la vez: la firmeza de aquella que esta dispuesta a acoger toda disposición de Dios y la debilidad de aquella de la cual ya se ha dispuesto, que es suficientemente débil como para reconocer el poder de Aquel que la interpela y sin embargo, suficientemente fuerte como para poner sin reservas a su disposición su propia vida” (*La Servante du Seigneur*, Paris, P. Lethielleux, 1979, p.10 = S.d.S. 10).

* Cardenal Arzobispo de Malinas Bruselas.conferencia dictada en roma en septiembre de 1985, en el coloquio La misión eclesial de Adrienne von Speyr

María, disponibilidad y actitud de confesión

Escuchar el anuncio del ángel, es *ponerse a disposición* de este llamado en un total abandono de sí. Es lo que afirma Adrienne: la *fides ex auditu* es al mismo tiempo acto y disponibilidad. La fe es acto de Dios y del hombre, llamado y respuesta, y está, desde entonces, ligada a la caridad.

La fe es *llamado y respuesta*:

"Su sí es ante todo una gracia. No es simplemente su respuesta humana al ofrecimiento de Dios, es hasta tal punto una gracia que, al mismo tiempo, es la respuesta divina a toda su vida. En su alma es la respuesta de la gracia, a la gracia dispuesta en su vida desde el origen. Pero, al mismo tiempo, es la respuesta esperada por la gracia, la que da María al escuchar el llamado de Dios" (S.d.S 10).

Esta ley está ligada a la caridad, a *la presencia del Espíritu*:

"En tanto que palabra de gracia su sí es, eminentemente, un acto del Espíritu Santo: es bajo su inspiración que ella entrega a Dios su cuerpo y su espíritu. El Espíritu que la cubrirá con su sombra está ya en ella, y el sí de María estará como incluido en el sí del Espíritu. Y envuelto en el Espíritu Santo, su sí se convierte en la palabra auténtica, libre y autónoma de su propio espíritu" (S. d. S. 10-11).

Todo esto es *profundo abandono* al llamado de Dios de todo lo que María es y posee:

"Diciendo sí, ella renuncia a sí misma, se anonada para dejar a Dios solo actuar en ella. Libra a su acción todas las posibilidades de su ser, posibilidades que le son confiadas sin que ella pueda o quiera medirlas. Ella decide dejar a Dios actuar sólo y es de ese modo que coopera. Porque la cooperación con las obras de la gracia es siempre una renuncia. Y toda renuncia vivida en el amor es fecunda, porque hace lugar al consentimiento de Dios, y Dios no espera más que el consentimiento del hombre para mostrarle aquello de lo que un hombre es capaz cuando Dios está con él. Nadie tanto como María, ha renunciado a todo lo que le es propio para dejar gobernar a Dios sólo, del mismo modo, a nadie le ha sido dado tanto poder de cooperación como a ella. Renunciando a todas sus posibilidades, obtiene la realización más allá de toda esperanza: cooperando con su cuerpo, se vuelve la Madre del Señor; cooperando con su espíritu, su Sierva y su Esposa. Y la Sierva se vuelve Madre y la Madre se vuelve Esposa, cada perspectiva que se cierra abre una nueva, siempre más allá, hasta perderse de vista.. Pero su fecundidad es sin límites, porque la renuncia contenida en su sí es igualmente ilimitada. Ella no pone condiciones, no hace ninguna reserva, se abandona totalmente en su respuesta; frente a Dios, olvida toda prudencia porque la inmensidad de los planes divinos se abre ante sus ojos. No solamente, quiere lo que Dios quiere, sino que ella le confía aún su sí para que él disponga, lo moldee y lo transforme. Diciendo sí, ella no tendrá ninguna

aspiración, ninguna preferencia, ningún deseo que haya que tener en cuenta. Ella no hace un contrato con Dios; solamente desea ser aceptada en la gracia, como ha sido deseada en la gracia. Dios sólo debe administrar su sí" (S.d.S. 11-12).

2. Disponibilidad y obediencia

El mismo sí es interpretado también como obediencia de María:

"Por amor a Dios y también por amor a la vida que le ha sido dada por Dios, María ha dado su sí al ángel, testimoniando así que está dispuesta a asumir su misión, y que ella dice su sí por amor *también* a esta misión. Este encuentro de María con el ángel es la pura esencia de la obediencia, concentración de su amor por Dios, concentración de su vida sobre un punto, y ese punto se llama aceptación de su misión. El que obedece asume cada vez, de nuevo, su misión" (*Le livre de l'obéissance*, Paris, 1980, p.70-71 =LO 70-71).

"Cuando le es anunciado a la Virgen que, en la docilidad a la Palabra y cubierta con la sombra del Espíritu, deberá, podrá y querrá engendrar un Hijo, última consecuencia *de* su abandono ante el Dios trino, son estos actos de obediencia de una resonancia tal que, como signo de una obediencia sobrenatural - requerida por Dios, aceptada por el hombre - remite más allá de ellos mismos, a algo mucho más grande, inconmensurable: al acto de obediencia que es la encarnación y el nacimiento del Hijo mismo, acto divino de obediencia, por el cual la obediencia de María no se ofrece sino como un vaso. La obediencia de María se realiza por la del Hijo que incluye, condiciona, engendra, alumbra, la de María..." (LO 47)

Del mismo sí queda dicho que es disponibilidad y obediencia. La disponibilidad es la modalidad y el fundamento de la obediencia. Es la *modalidad*, porque la obediencia no es jamás un simple contrato, sobre el cual se puede reglamentar lo que se ha de hacer. No se obedece verdaderamente más que abandonando el sí en Dios, recibéndolo de él. En la gracia de la Navidad de 1946, Adrienne ha percibido así el embarazo de la Virgen según la dialéctica de fuerza y debilidad, indicadas en el texto citado más arriba (S.d.S 10, también N.B.9, n.1652) . Obedecer es entonces, también, permanecer abierto a las exigencias "excesivas" (*Überforderung*) del Dios siempre más grande. De allí, también, el inclinarse ante ese Dios que *es*, la adoración.

La disponibilidad es también el *fundamento* de la obediencia. Esto se sigue de lo que acaba de ser dicho. Se obedece a aquel hacia el que se está abierto y disponible, a aquel que es reconocido por lo que es, por

María, disponibilidad y actitud de confesión

tanto, reconocemos *quien* es. Una obediencia sin disponibilidad sería una obediencia sin amor.

"...la disponibilidad a obedecer a la Palabra divina exige una purificación interior perfecta, un vacío, una disponibilidad sin reserva a todo lo que la Palabra puede suscitar y ordenar. En el momento de la decisión, se trata de dejar todo eso que es propio, aún a riesgo de ver desaparecer toda personalidad propia: es otro mundo el que nos requiere" (LO 18-19).

Esta obediencia coincide con el amor Mariano.

"La obediencia cristiana comprende incontestablemente el amor. Por amor a Dios pero también por amor a la vida que le ha sido dada por Dios, es que María ha dado su sí al ángel.... Es María quien transmite siempre renovada la gracia del sí a su misión; en ella se hace evidente, en forma inmediata, que la obediencia es una aceptación constante en el amor" (LO 70-71).

Pero esta obediencia de María implica, por así decirlo, y eleva, todo acto de obediencia hecho por el cristiano:

"La relación de toda obediencia cristiana con la obediencia de María se puede probar fehacientemente (de manera más o menos clara) en la vida del cristiano....de la gracia del único sí de María derivan todas las gracias de obediencia de los cristianos, y en ella se reúnen otra vez todas las gracias. Por ella, la obediencia terrestre también recibe en el cielo una plenitud que no hubiera tenido por sí sola" (LO 71-72).

La obediencia sin amor sería una obediencia servil, no filial. Finalmente, el fundamento de la obediencia que es la disponibilidad, es trinitario. En el seno de la Trinidad, el Hijo es pura receptividad:

"Su obediencia es una parte de su ser y se cumple en él como el Padre lo desea" (LO 49).

De esta disponibilidad deriva una contemplación encarnada, es decir, una contemplación que en ningún momento esta separada de la acción.

3. La actitud de confesión

Adrienne ha inventado la expresión "*Beichthaltung*". La que responde, según ella, a una nueva situación:

"Puede ser que en épocas más antiguas, al explicar la confesión, se haya tenido menos en cuenta la *actitud* fundamental del Hijo y que se haya fijado más la atención en sus hechos, actos y palabras aisladas, buscado imitarlos, como única actitud general... Los problemas inherentes a la existencia cristiana, considerada como actitud última, eran me-

nos actuales y se tenía de ellos menos conciencia que hoy. Ahora estamos de tal manera amenazados en nuestra existencia, que no podemos encontrar otra respuesta sino la que Cristo ha querido dar a la suya en su totalidad. Nosotros hemos sobrepasado entonces, la interpretación de la existencia cristiana a partir de los hechos aislados de la vida cristiana, así como la interpretación de la palabra sola (como letra) de la Sagrada Escritura" (*La Confession*, Paris 1981, p.136-137 = Co 136-137).

La actitud de confesión es ante todo la del Señor a lo largo de su existencia y que culmina en la Cruz. Es allí donde nuestra actitud de confesión encuentra su fuente y su fundamento:

"...porque viene de la Cruz, la confesión nos vuelve a ella. Por esta razón, exige y crea una actitud que busca adaptarse a la del Señor" (Co 183).

"Aquel que ha comprendido que la confesión corresponde a una exigencia absoluta del Señor y que su institución es fruto de la Pasión, aquel que trata de ser un cristiano fiel y de amar a la Iglesia, tendrá hacia la confesión una actitud de vida" (Co 88).

"...la actitud de confesión de la que el Señor nos ha hecho don, que ha puesto en nosotros; y que es al mismo tiempo, la que nos pide" (Co 182)

¿Cuál es entonces, esta actitud? Hablando en general podemos decir que es:

"...una apertura total hacia Dios, tratar de saber que ve todo lo que hacemos, pero que lo ve para ayudarnos, para intervenir a favor nuestro, para dispensarnos su gracia. Y eso no lo vivimos entre fluctuaciones desesperadas, sino dentro de una actitud segura y aseguradora, teniendo un punto de apoyo en la obra divina de la redención. Y si ya en la confesión y en sus fluctuaciones de humor, no nos hemos ejercitado en tener esta actitud única, se nos ofrece la posibilidad de permanecer vivos y vigilantes, de integrar nuestros estados y sentimientos en esa disposición durable de confesión, de quedar ante Dios como penitentes abiertos a la gracia (Co 182-183).

De este modo esta actitud se requiere para la confesión, durante la confesión y después de la confesión, de modo que todas las confesiones formen una unidad.

a. Para la confesión

Reflexionando sobre sus elementos (la confesión, el arrepentimiento, la exhortación y la absolución), {el penitente) la comprenderá como una unidad viviente que ocupa un lugar en su existencia, un lugar personal y eclesial. Se cuidará de no ver en el sacramento sólo un consuelo, tratará mejor de encontrar un equilibrio justo entre el aspecto

María, disponibilidad y actitud de confesión

penoso y el aspecto agradable de la confesión, entre su carácter de penitencia y su carácter de gozo. Es necesario que en sus pensamientos, él no vea solamente la pesadumbre del arrepentimiento, sino que considere más a fondo la absolución, y al alegrarse de la absolución no debe olvidar cuán lejos estaba de Dios y aún ahora, cuantas razones tendría de hacer penitencia (Co 98).

Adrienne insiste en la apertura del penitente al confesor como formando parte de la actitud de confesión. Ella plantea el fundamento cristológico:

"Como el Hijo, en cuanto Hombre-Dios, está abierto al Padre por su unión con él, del mismo modo, el cristiano, por su apertura hacia el ministro, está unido al Señor y por él al Dios trino"(Co 77-78).

En el sacramento, esta actitud de confesión, se concreta así:

"...toda la preparación para la confesión debe desarrollarse en la esfera de la oración. No es con la ayuda de nuestras propias luces, sino en el Espíritu, que debemos hacer nuestro examen de conciencia y pesar la gravedad de nuestras faltas. Bajo esta luz, que es la verdadera, nuestro arrepentimiento será más profundo y verdaderamente sobrenatural. Que el penitente acuda a la confesión tan humildemente como sea posible y que confiese sus pecados tan abiertamente como pueda, de modo que el confesor comprenda sin dificultad lo que él quiera decir y que la presentación de los hechos pueda hacerse sin prejuicios. Igualmente abierto debe estar para escuchar la exhortación y tratar de comprender lo que el confesor le dice. Es necesario, también, que asimile estas palabras, a fin de que éstas lo acompañen y lo ayuden. Después de la absolución debe rezar su oración de penitencia con humildad y agradecimiento, pero sin sentirse un hombre mejor, apartado de la comunidad de los pecadores. Purificado y fortificado, ha vuelto a formar parte de la comunión de los santos, sin estar por eso alejado de sus hermanos, bien al contrario, ha adquirido una esperanza nueva y más profunda de la Iglesia y de su catolicidad que abraza a la humanidad entera" (Co 99-100).

"Aquel que está en actitud de confesión cree en la fuerza de la absolución: el pasado está perdonado. Él es libre. Los que no tienen esta actitud salen del confesionario sin haber cambiado, porque no quieren ver ni admitir esta ruptura, o creen solamente un minuto mientras están en el confesionario, para aferrarse otra vez, inmediatamente después, a la imagen desoladora de su persona que arrastran con ellos desde siempre" (Co 103-104).

b. Después de la confesión.

"La actitud es tal que (el penitente) no crea que está todo hecho una vez la confesión terminada; ésta debe ser un fermento que actúa,

pero para que esta semilla dé fruto, hay que poner de su parte. Por la confesión ha sido introducido en la escondida intimidad de la comunión de los santos, a él corresponde ahora hacer irradiar de manera visible las leyes de esta comunión en su vida" (Co 100).

Tal es el principio de la actitud de confesión después del sacramento, principio gracias al cual la confesión puede unificar lo que tenemos que vivir, como en la confesión y la absolución se encuentra unido lo que hemos vivido. Están los dos religados en un centro que es el acto mismo del perdón y su efecto en el pecador arrepentido:

"... el perdón no borra solamente, da una substancia nueva que permite subsistir, una substancia que se le parece" (Co 184).

La gracia transforma la vida cotidiana. De pronto, el sacramento pierde su monotonía: se presenta como fuente de vida, una confesión prepara a otra a la luz del Señor mejor conocido (Co 185)

"La misma gracia nos permitirá también ir al encuentro de nuestros hermanos con más generosidad. Aquel que ha tenido la experiencia de la gracia, no envidia a su prójimo. Sabe que la gracia debe ser comunicada y busca hacerlo por todos los medios" (Co 185).

La vida del penitente se encuentra así plenamente unificada. Está más profundamente enraizada en la comunión de los santos. También las confesiones, enlazándose unas con otras, deberían ser cada vez más universales.

"Después de la experiencia de cada confesión, deberíamos vivir teniendo en cuenta una confesión más vasta todavía, más universal, que abrazara cada vez más ampliamente las dimensiones de la Iglesia. Esto teniendo conciencia de que, hasta aquí y ante todo, nosotros nos hemos confesado como individuos aislados, ciertamente sostenidos por las confesiones de los otros, pero sin tener la preocupación de portarlos a nuestra vez. La Iglesia que ayuda a cargar todas las confesiones meditando sobre la cruz del Señor, debería, ella también, cada vez más dar forma a nuestras confesiones" (Co 184).

Esta es la actitud que se pide para confesarse, en el confesionario: una actitud dispuesta a cargar con todas las confesiones, a confiárselas todas a Dios (Co 158).

La confesión individual está así abierta a la comunión de los santos, particularmente a la Virgen, que reza e intercede por los pecadores.

c. Fundamento cristológico y trinitario.

La actitud de confesión se desprende del misterio de la encarnación, que es un "reflejo" sobre la tierra de la relación intra trinitaria entre las personas divinas, en particular la del Hijo hacia el Padre.

María, disponibilidad y actitud de confesión

"Abriéndose a nosotros, el Hijo encarnado se muestra tal como es: aquél que está abierto al Padre y que, abriéndose a nosotros nos muestra al Padre. Y es aquél que, abriéndose a nosotros y mostrándonos al Padre, glorifica también al Padre" (Co 135).

"...el Hijo vive en una intimidad ininterrumpida con el Padre, y gracias a esta intimidad, él sabe que no cesa de reconocer y hacer la voluntad paterna. Da en la Iglesia, a sus fieles, un reflejo de esta intimidad que se expresa en su unión con el ministerio eclesial. Como Hijo, en cuanto hombre-Dios, está abierto al Padre por su unión con él, del mismo modo, el cristiano, por su apertura al ministerio, está unido con el Señor y por él, al Dios trino. Por su apertura al Padre y hacia el mundo, el Hijo es el que confiesa, él es el Verbo, y él está, en el más alto grado, en la cruz, en la inmensa confesión del pecado universal. Confesando nuestros pecados en la Iglesia, participamos en este Ser, el Verbo del Señor" (Co 77-78).

Introduciéndonos gracias a la actitud de confesión en su "perfecta apertura al Padre y al mundo" (Co 134), el Hijo encarnado vuelve esta actitud segura y aseguradora, sustrayéndola a lo efímero, a la inestabilidad de las actitudes y sentimientos humanos.

"El estado del amor del Hijo hecho hombre hacia el Padre y hacia nosotros, por amor al Padre, no tiene nada de efímero. Está enraizado en el amor eterno de la Trinidad misma, y no hay ningún punto de vista desde el cual pudiéramos contemplarlo y juzgarlo de afuera. El es el verdadero estado, la verdadera actitud, en una palabra, la Verdad por excelencia, y todas las palabras y todos los actos no son verdad sino en la medida en que sean expresión y reflejo de esta actitud. Todo cristiano que ama participa de la actitud del Hijo, es conducido por el Hijo hacia el Padre. Los actos de su amor son los pasos que lo introducen en el amor trinitario cada día más grande, Y el Espíritu Santo vela para que todo cristiano que ama verdaderamente al Hijo vea abrirse en él, el misterio trinitario" (Co 137).

4. Actitud de confesión de la Madre

Por su embarazo y por su parto, la Madre ha vivido ya de manera femenina la pasión de su Hijo. Por su pasión, que vive virilmente, el Hijo asocia a la Madre a su actitud de confesión:

"Cuando comenzó a llevar en ella a su Hijo, el pecado no le fue más exterior puesto que aquél que había de cargar al pecado en su totalidad, habitaba en ella. Es como si llevara en ella la confesión universal del pecado.... Y cuando ella lo dá a luz en Navidad, trae al mundo la plena

fuerza de la absolución, y el acto mismo del nacimiento está relacionado con ese brotar de la absolución, porque el la ubica súbitamente frente al desbordamiento de la gracia divina... Su nuevo estado es parecido al que quiere Dios hacer vivir al hombre después de la confesión por el salto extraordinario que va del pecado a la plenitud de la gracia. ...Y lo mismo que para el pecador el camino se abre por la confesión del pecado y el arrepentimiento, se abre a la Madre sin mancha, que por su sí y por su compromiso de obediencia se hace cargo del niño. En ese sí ella confiesa a la vez su vida pasada y su vida futura, en ese sí ella toma conocimiento del pecado, a la manera del pecador que se arrepiente. Es ese arrepentimiento que inicia a la Madre en cierto temor: el temor por su Hijo cuya vida está amenazada por el pecado. Pero la existencia del Hijo en su vida la llena de una felicidad análoga a la que da la absolución. La presencia del niño al que ve y oye, que ha esperado, es para ella la sustancia de la vida cristiana, siente en ese momento la felicidad maternal que reconocerá más tarde en la Pascua, en la felicidad sponsal a la que hará participar en la Iglesia, a todos aquellos que hayan recibido la gracia y la liberación de sus faltas" (Co 28-29).

Todas estas ideas son retomadas en la conclusión del libro, que de una manera admirable sitúa a la Madre de Dios en su relación con la confesión.

"La Madre de Dios no se siente excluida de la comunión de los penitentes, porque ella participa en el más alto grado en la actitud de confesión de su Hijo. Está implicada en la confesión de todos los pecadores, en ese lugar donde el Hijo en cuanto hombre es perfectamente transparente ante su Padre, donde él confiere a su propia humanidad su transparencia divina... La esencia de la actitud de confesión en ella está asimilada a la del Hijo. No hay absolución para ella, sino la más profunda proximidad con el Hijo Redentor y Purificador de todos los pecadores, y esta proximidad, ella la comunica en un sentido eucarístico" (Co 235).

II. La unidad en María de la disponibilidad y de la actitud de confesión

La disponibilidad de María tiene su "fuente" en su sí. La actitud de confesión que se desarrolla por el embarazo y el parto "se abre por su sí y por su compromiso de obediencia que se hace cargo del niño" (Co 28). Disponibilidad y actitud de confesión reciben su forma cristológica y eclesial en la cruz. Una y otra reciben también su unidad de Dios mismo en la Inmaculada Concepción. Es allí, en efecto que la disponibilidad tiene su origen:

"La misma infancia de María se aclara a la luz de su sí. El sentido

María, disponibilidad y actitud de confesión

(de la infancia) es prepararla para la tarea para la cual ha sido elegida desde siempre y tan totalmente que en el momento de su concepción fue separada del pecado original, por tanto de todo aquello que hubiera podido debilitar en ella la fuerza y la perfección de su sí ulterior, o perjudicarlo. Por grandes que sean la fuerza y la libertad de su consentimiento no hay en ella la más ligera tendencia a decir que no; si es así, es porque su sí esta preformado y enraizado en ella desde el primer instante de su existencia" (S.d.S. 9-10).

Esta disponibilidad es puro abandono de sí misma en la obediencia, que en ella reúne los votos de pobreza, castidad y obediencia en una indivisa actitud del corazón:

Por este abandono caracterizado por los tres votos inseparables, hela aquí introducida en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios. Tomadas en sí mismas, la castidad y la obediencia, no tienen en ella ningún sentido, no son más que la expresión de su abandono a tal punto que es justamente *porque ella* es virgen que Dios se sirve de su cuerpo para la encarnación del Hijo, es porque ella es pobre que será colmada de todos los bienes del mundo celestial. Y es justamente porque ella es la Inmaculada Concepción, que Dios la eligió por Madre; es por eso que aún siendo la Elegida por excelencia, realiza ese colmo de obediencia: convertirse en la Madre del Señor (S.d.S. 29-30).

Y es en ese misterio de la Inmaculada Concepción que esta preformada su participación en la Cruz del Hijo. De este modo la unidad de disponibilidad y actitud de confesión se encuentra en el sí de María, en la Cruz del Hijo y en la Inmaculada Concepción.

Unidas en su origen, disponibilidad y actitud de confesión están igualmente unidas entre ellas como dos aspectos de una sola y misma actitud. En su Hijo, la Madre esta abierta al Padre y al mundo. Así como es una sola y misma cosa dejar a Dios disponer de su sí y dejarlo unirla a todos los pecadores. Esta unidad y esta actitud de confesión están encarnadas. María deja a Dios disponer de su ser femenino, de su cuerpo y - como hemos dicho antes- es por su embarazo y su parto que participa por adelantado de la actitud de confesión de su Hijo. Un rasgo característico del pensamiento de Adrienne, es el alcance de la Asunción: es la gloria encarnada. La encarnación esta consagrada por la Asunción:

Estas dos cumbres (la concepción del Hijo y la Asunción) se refuerzan una a la otra y es imposible decir cuál dirección es la más importante: la que va de la tierra al cielo o la que va del cielo a la tierra. Es una circulación eterna entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra, entre el mundo espiritual y material. Una circulación también, entre la Madre y el Hijo. Porque así como la Madre dijo antes sí al Hijo y a todo lo que le concierne, el Hijo a su vez dice hoy su gran sí a la Madre. Ese sí divino e inconmensurable da al sí de la Madre todo la infinitud del cielo... A partir

de la Asunción recibe el poder de hacer sin límites lo que quiere el Hijo... Eso que el Hijo vive en Pascua, la Madre lo vive a su entrada al cielo: ella comprende de pronto el sentido de la vida terrestre; ve de qué modo ha sido asociada a la obra universal de la Redención... Ella ve lo que hay de esponsal en Cristo, comprende lo que significa ser la Madre de Dios (S.d.S. 165-166).

Esta actitud de confesión, María, elevada al cielo, la vive muy concretamente en favor de todos los pecadores:

Ella permanece, invisible, en el camino de todos los que se convierten, no sólo intercediendo por los que buscan, sino simplificándoles el camino y señalándoles los accesos fáciles. También se encargara, muy particularmente, de todos aquellos a quienes ella les falta, a los que no la conocen, a los que reniegan de ella. Pone toda la fecundidad de su fe a disposición de los que se han apartado, para traerlos de vuelta a la plenitud de la fe en su Hijo (S.d.S. 188-189).

Todo esto se encarna en hechos y acontecimientos muy concretos:

No es jamás una verdad general y teórica, sino siempre algo absolutamente único y personal, algo que vuelve todo lo demás próximo, concreto, comprensible y perfecto. En el cristianismo, por todas partes donde la Madre aparece, lo que es abstracto y crea distancias queda suprimido, todos los velos caen y cada alma es inmediatamente tocada por el mundo celestial. María, el ser más puro que se pueda pensar, no comunica nada de la verdad celestial sin la colaboración de los sentidos. Lo que ella ha visto, oído o sentido, lo que ella ha experimentado del movimiento del niño en su seno, toda la evidencia sensible de la existencia corporal de su Hijo, continua viviendo en cuanto revela de él. Es mujer y comprende las cosas como una mujer. Haciéndolo, no rebaja lo sublime a una esfera inferior; por el contrario tiene la gracia de hacernos sensiblemente próximo lo que está lejano para hacer que lo comprendamos (S.d.S. 191-192).

III - Consecuencias para los cristianos

La actitud de confesión es dada por Cristo a través de María, lo mismo que la disponibilidad del corazón, atraviesa todo el sacramento de la confesión, desde su preparación a su cumplimiento en la misión.

1. La preparación de la confesión y la conversión

El pecador puede prepararse para la confesión o la conversión,

María, disponibilidad y actitud de confesión

precisamente porque ha sido prevenido por la preparación del Hijo. Esta dura el tiempo inconmensurable que va de la decisión en la eternidad hasta la encarnación en el tiempo y el tiempo de su oculta vida contemplativa.

“Es en el cielo que él (el Hijo) ha tomado la decisión de descender a la tierra para mostrarse al Padre aquí abajo, en una relación que él quiere tan estrecha como sea posible. Lo que él desea sobre todo, es que el Padre pueda ver en él al pecado del mundo, que no lo vea más a él mismo, sino que el pecado haya ocupado todo espacio en él. Es necesario un tiempo inconmensurable, desde su decisión en la eternidad hasta su encarnación en el tiempo, y en la tierra, todavía los largos años de su escondida vida contemplativa, para prepararse para la cruz. Que él pueda presentarse ante su Padre en un estado tan despojado, tan revelador, no es sino el fruto de su larga preparación en la oración” (Co 138).

“Con mayor razón es que el pecador debe prepararse antes de la confesión. Debe aprender a tener una visión exacta sobre el pecado porque él esun pecador en el que la visión correcta de la verdad está oscurecida o bloqueada por el pecado” (Co 138).

Esta siempre invitado por el Hijo a desembarazarse de su pecado por la confesión, que no es posible más que si el Señor nos hace participar de su precisa visión del pecado. El pecador puede considerar sus pecados y también convertirse, o confesarse porque no está vencido por el pecado. Ha sido ya reunificado gracias a la encarnación, acto divino único fundamentando en la misericordia desbordante e infinita de Dios hacia los pecadores. La previsión de la misericordia de Dios es la fuente y la forma de la confesión, que está más allá de toda fuerza humana.

“Antes de la confesión (el penitente) era un Yo de pecado, que no podía concebirse de otro modo que entre sus cadenas. Después de la confesión, es un Yo liberado por un lazo profundo que lo liga a un Tú, el Tú de Dios en él, el Tú de cualquiera que pertenezca a la comunión de los santos. Esta íntima transformación del Yo no puede operarse por el Yo mismo, hace falta para eso el poder y el milagro de Dios” (Co 145).

2. La prevención divina hacia los pecadores tiene una forma

Ahora bien, esta forma es Mariana por la Inmaculada Concepción, donde se unen disponibilidad y actitud de confesión. En efecto, es en la Inmaculada Concepción que esta previsión se vuelve única y personal en vista a la salvación de todos. Podemos concluir que el pecador que se convierte puede decir sí a la gracia que lo llama porque María ha pronunciado su sí que está religado desde el interior a la actitud de con-

fesión que la mueve. Es porque ya hay un sí humano que el pecador puede entrar en la actitud de confesión.

3. Apertura a la misión

La actitud de confesión del pecador arrepentido, como hemos visto, desemboca en un sí que lo abre a la misión, sin ninguna vuelta sobre sí mismo, tanto como en María esta actitud esta religada desde el interior a la disponibilidad. Uno no se convierte, ni se confiesa para si solamente, porque el sí que mueve la actitud de confesión es en María de alcance eclesial.

Aquel que se ha dado cuenta de que por la confesión y la oración que la acompaña, le es posible, no sólo liberarse de su propio pecado, sino ayudar al mismo tiempo a los otros, percibe claramente que existe un lugar donde confesión y misión se encuentran hasta coincidir. El Hijo tiene una misión completamente divina: aún en cuanto hombre, la ejecuta a la manera de Dios, y para cumplirla permanece toda su vida en una actitud de perfecta apertura hacia el Padre y hacia el Espíritu Santo, en consecuencia, en actitud de confesión, que le permite hacer constantemente la voluntad de su Padre en el Espíritu Santo, y cumplir su misión de manera tan personal y obediente como es posible. Su actitud de apertura total y su acción son sólo una. Incluso en la cruz, donde la presencia del Padre no le es más sensible, pero donde sufriendo carga con el peso de nuestros pecados, es donde da a todos no solamente un liberación abstracta y general, sino la confesión concreta, él se encuentra en el punto culminante tanto de la confesión como de la misión. Cumple lo más difícil de su misión, la muerte en la cruz, en la actitud más abierta de confesión.... No hay misión que no dependa de manera decisiva de esta actitud de confesión. Y no hay otro sacramento que exija tan claramente la transparencia del hombre para su misión (Co 187-188)

En fin, Adrienne ve en la actitud de confesión y en el grado de disponibilidad un criterio de apreciación de la oración de los santos (*Allerheiligenbuch* 1/2 , cIV). Y la actitud de confesión varía según los santos y la santidad. El capítulo 11 de *La Confession* se titula "La confesión de los santos" y presenta cuatro figuras que de un modo propio y particular actualizan, a su modo, esta actitud de confesión: san Francisco de Assis, santa Teresa de Lisieux, san Luis Gonzaga y la Madre de Dios.

Termino con algunas preguntas. Muy brevemente, les digo como yo las respondería. Ustedes no están obligados a pensar lo mismo. Pero tienen derecho de saber lo que piensa el orador.

María, disponibilidad y actitud de confesión

Primera pregunta: ¿Cómo juzgar la situación espiritual de nuestra época y la oportunidad - la necesidad - de una vida espiritual penetrada por esta actitud de confesión? ¿Cómo religarlo al sacramento de la confesión en la práctica? ¿Cómo demostrar que el acto de confesarse no es un hecho aislado, sino un acto ligado a una actitud permanente y a una creciente profundización?

Creo que esta es la gran pregunta. Pienso que existe una expresión para hablar de la actitud de confesión, es pobreza de espíritu. El gran obstáculo, en la época actual, para el sacramento de la confesión, el gran obstáculo para la catequesis y el gran silencio que pesa a menudo sobre la predicación y en la práctica de este sacramento, viene del hecho de que esta actitud fundamental de transparencia y de confesión esta muy oscurecida - y es comprensible - en una civilización atea o post-atea. Dios no esta allí, y no hay ningún aparato de radiografía para sacar fotos del hombre. Nadie puede fotografiarse a si mismo; es necesario que alguien, Dios, nos de nuestro esqueleto y lo que somos. Probablemente no hay nada más fuerte en la época moderna, postcristiana, que ese deseo de realización, incluso de dominación, algo de prometeico que está en el hombre moderno y lo tiene en una cautividad de la que no se da cuenta y de la que no es muy capaz de liberarse por sí mismo. Nunca es inútil hablar del sacramento de la confesión. Pero hay que atreverse a predicar "ustedes son como dioses", y eso nos lleva muy lejos. Es el principio de toda conversión. Ahora, toda nuestra civilización es prometeica, eso es lo que la vuelve desgraciada evidentemente, porque siente su propia insuficiencia. La consecuencia de todo ello, es, o bien una desesperación que me consuele de mi impotencia, o bien una hiperactividad, una hiper-responsabilidad tan fuerte, tan tensa que no se puede vivir por mucho tiempo.

Segunda pregunta: ¿Cómo formar al pueblo de Dios, sus pastores y sus almas consagradas en una verdadera interioridad y hacerles comprender que esta interioridad incluye, necesariamente, la actitud de confesión?

Dos pequeñas reflexiones sobre esta pregunta, La primera, es lo que Bernanos ha escrito en alguna parte: que el tiempo moderno se caracteriza por una conspiración contra la interioridad. Creo que es verdad. Resulta sospechosa y cargada con todos los pecados de Israel. Los hombres y las mujeres de interioridad son "irrelevantes" en nuestra civilización. La segunda, es que yo simplemente constato el hecho de que la revalorización del sacramento de la confesión, de la actitud de confesión, de la pobreza de espíritu, llega más a los ambientes laicos que a los sacerdotes y a las almas consagradas. Compruebo a menudo que los jóvenes, cuando uno les explica y cuando les anuncia el perdón de los pecados, acceden fácilmente al sacramento. En los retiros de sacerdotes - de obispos ¿no se?- todos querrían... hay una especie de nostalgia

inconfesada del sacramento de la confesión, pero tienen miedo... Creo que nosotros no hemos digerido todavía el peso de la sospecha que pesa sobre esta noción cristiana fundamental que es la obediencia, la pobreza de espíritu, la actitud de confesión. Todo eso esta visto como una mengua del hombre cuando, en realidad, lo engrandece.

Tercera pregunta: ¿La dimensión comunitaria después de la reforma y en la práctica del sacramento, es suficientemente Mariana y eclesial? ¿Se trata de estar juntos, de estar en la comunión de los pecadores para acceder a la comunión de los santos?

La respuesta es el problema. Tenemos la posibilidad de celebrar el sacramento de la confesión de manera comunitaria – yo diría que de cuando en cuando eso se hace muy bien – pero a menudo no es más que una especie de comunidad sociológica o una comunidad de ideas con un apoyo psicológico, una terapia colectiva. Hace bien estar juntos, rezar y pedir perdón de los pecados. Pero el sacramento es mucho más que una terapia, y la forma comunitaria de la confesión es algo propiamente teologal, Mariano y eclesial. Y oigo muy poco hablar de eso.

Cuarta pregunta: ¿El carácter cristológico y trinitario de la confesión, por ejemplo, la confesión – que en la confesión es el Hijo que habla al Padre- está muy insuficientemente percibido, casi nada; el sacramento está entendido como una realidad teologal o como un medio de terapia dependiente de la psicología?

Dos pequeños comentarios sobre este tema. Hace dos años, al principio del Sínodo sobre la Penitencia y el sacramento de la confesión, tuve una intervención que apuntaba a explicar el valor antropológico de la confesión, partiendo de *Crimen y Castigo* de Dostoievski. Es verdaderamente terapéutico. Y el artículo que apareció en el *Osservatore Romano* me ha hecho conocer muchas reacciones, todas positivas. Pero no es exactamente eso, la confesión. Hay una parte terapéutica – es evidente – y creo que nuestros contemporáneos son muy sensibles a eso – y creo que eso es verdad. Hay una fuerza terapéutica en el sacramento que no encontramos en ninguna otra parte. Pero antes que nada es teologal. Habría que poder ir más allá de lo psicológico para llegar a lo espiritual. El "soma" y el "pneuma" son diferentes registros. Y nos quedamos en el "nous" o en el "soma. Es muy raro que se penetre hasta el "pneuma". Y en cuanto a la terapia, recuerdo siempre un texto del psiquiatra Jung que escribió: "Cuando mis pacientes son católicos, les aconsejo ir a confesarse y a comulgar porque he comprobado que son poderosos medios de curación" dijo literalmente. "Con protestantes, tengo más dudas, dice, porque allí el sistema sacramental esta seriamente debilitado". Entonces Jung reconoce una fuerza terapéutica extraordinaria a los sacramentos, a pesar de no ser creyente. Los considera una buena terapia que se puede emplear. ¿Hay algo de cierto en todo eso? Lo ignoro –dice él –pero al fin de su vida, decía que corresponde a los teólogos analizar esta parte

María, disponibilidad y actitud de confesión

de la verdad. Todo lo que concierne a Dios corresponde a los teólogos, pero yo estoy seguro de que no encontrarán nada. Pero, mientras tanto, usemos los medios que disponemos. Incluso si ignoramos cómo actúa la aspirina, la tomamos cuando nos duele la cabeza. Ciertamente hay que hablar del aspecto terapéutico de la confesión; no hay que descuidarlo, pero hay un peligro de quedarse en esta dimensión. En ese momento, no se hace más progresos. El confesionario es entonces una especie de clínica y eso funciona pero no siempre.

Quinta pregunta: ¿Dónde situar el aporte doctrinal y pastoral de Adrienne en la vida de la Iglesia post-conciliar?

Pienso, sobre todo, en la interioridad, en María, en la Trinidad, en Cristo y la confesión, en la relación penitente-confesor, semejante a esa del Hijo y del Padre, en la comunión de los santos y la comunión de los pecadores y en tantas otras cosas que están en sus escritos.